

EN RECUERDO DE EUGENIO TRÍAS / MANUEL HIDALGO

El periodista evoca la figura del pensador, fallecido el domingo, y cómo éste tomó la película de Dmytryk como resumen de su objetivo existencial y filosófico

El Árbol de la Vida

TRIBUNA

El *árbol de la vida* fue el título de las memorias de Eugenio Trias, editadas en el año 2003 por Destino. No aludía el pensador a la película de Terrence Malick (2011), todavía no realizada, sino a otra, así llamada en su versión española, dirigida en el año 1957 por Edward Dmytryk, con el título original de *Raintree County*, e interpretada por Montgomery Clift, Elizabeth Taylor y Eva Marie Saint. Esta última sería poco después la ambigua heroína de *Con la muerte en los talones* (1959), del muy admirado Alfred Hitchcock, a quien Trias dedicaría su imprescindible ensayo *Vértigo y pasión* (1998), prolongación específica de *Lo bello y lo siniestro* (1981).

El caso, y bien curioso, es que Trias, en su interpretación del cogollo de la película de Dmytryk, que vio muy joven y que fue determinante de su orientación vital e intelectual, anticipó el sentido de las reflexiones que Malick haría en su filme, aunque tengo dudas –mala memoria– de si el desarrollo dado al tema por este director complació por entero a Eugenio. Tal vez lo recuerden Manuel Llorente y Pedro García Cuartango, compañeros varias veces de mantel y tertulia.

El árbol. Lamento no haberle hecho nunca a Eugenio la broma –se me ha ocurrido ahora– de que su interés por el Árbol de la Vida estaba marcado por la analogía cierta entre su apellido –Trias– y la pronunciación de la palabra «árbol» –*tree*– en inglés: «*tri*». Tal vez el filósofo hiciera alguna alusión a esto en algún texto suyo que desconozco o no recuerdo.

Malick profundizó en su película, como digo, en la parte del discurso del filme de Dmytryk que había cautivado y motivado a Trias muchos años atrás, esto es, en el sentido de la existencia del Árbol de la Vida en el Paraíso según el testimonio bíblico del Génesis (2, 9). Dios había creado ya

el mundo y a Adán cuando hizo un huerto al oriente del Edén y situó en él «árboles hermosos de ver, y buenos de comer». En el centro de este huerto, situó Dios el Árbol de la Vida –garante de una experiencia abocada a la inmortalidad– y el Árbol del Bien y del Mal o del Conocimiento, cuyos frutos Dios prohibió tomar a Adán y a Eva, que le desobedecieron, por la tentación de la serpiente demoníaca, con las consecuencias ya conocidas.

Hay que hacer notar que la tradición cristiana llama a la Cruz en la que fue muerto Jesucristo «*arbor crucis*», entendido también como Árbol de la Vida, pues la muerte en el leño de Jesús, y mediante su sacrificio redentor, nos restituye la posibilidad de la vida eterna que nos había quitado el acceso a los frutos del Árbol del Bien y del Mal. Trias, en sus memorias, consigna su interés por el «*arbor crucis*», y en la esquila que yo he visto, dando noticia de su fallecimiento y funeral, aparece una cruz.

Como filósofo, está claro que Eugenio Trias

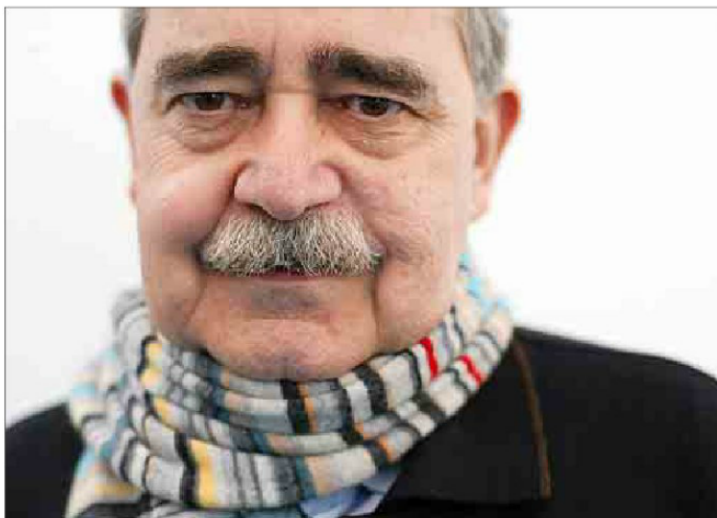
el pugnado por los frutos del Árbol del Bien y del Mal, es decir, por el Conocimiento, pero, como muestran y demuestran sus memorias, ha tenido un especial interés por el Árbol de la Vida, el que aún bajo el frondor de su tronco, ramas, hojas, flores y semillas la inevitable experiencia conjunta de vivir y morir.

La película de Edward Dmytryk, a la

que Trias dedica varias páginas en sus memorias, se basa en una novela de Ross Lockridge, que, a su vez, recoge una leyenda inspirada en la tradición bíblica protestante. En el condado de Raintree –expresamente nombrado en el título–, los jóvenes, como itinerario de iniciación y consolidación de su madurez, están invitados a descubrir un gran y fantástico árbol situado en lo hondo de un bosque lleno de peligros. Instado por una bella muchacha (Taylor), a esa tarea dificultosa y aventurera se aplica el protagonista (Clift) durante la Guerra de Secesión, con el resultado –y abrevio mucho– de que la chica queda embarazada y de que, finalmente, el héroe –¿podemos llamarlo así?– encuentra su cadáver al pie del árbol, entre sus potentes y largas raíces, pero, eso

cente, pródigo en rayos de sol que se filtran desde lo alto y en sombras inquietantes, que es preciso intentar armonizar, del mismo modo que en su base descansan la muerte y la vida –el cadáver de la mujer y del recién nacido– en una cadena permanente, intermediada por el amor.

Y, refiriéndose a ese Árbol de la Vida, Eugenio Trias escribía en sus memorias unas líneas que no necesitan glosa, que explican su objetivo existencial y filosófico: «Lo importante era, sobre todo, no cesar jamás del empeño en descubrirlo (y gozar de sus frutos de oro). Quizás el árbol se alcanzaba ya en el propio esfuerzo de su búsqueda [...]; quizás el camino era ya la meta, siempre que se prosiguiese sin desfallecimiento, reanudándose la marcha incluso cuando todo hiciese prever que



El filósofo Eugenio Trias (1942-2013), en una imagen tomada en el año 2006. / ANTONIO HEREDIA

si, junto al bebé que había sido concebido por ambos, de manera que, junto a la muerte, está la vida como una dualidad inseparable.

Esto es lo que impresionó al joven Trias, que quiso hacer de su experiencia vital e intelectual la creación y el hallazgo simultáneos de ese Árbol de la Vida, ramificado, populoso y, con perdón, arbores-

resultaba definitivamente inalcanzable. Quizás el recorrido del camino era el propio resultado. Quizás el trazado mismo del itinerario, o del 'método' (que literalmente significa lo mismo que camino o itinerario), era de hecho y de derecho la finalidad pretendida, el fin consumado y concluido (en su propia forma peregrina y siempre inconclusa)».



DECADENCIAS

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Blixen, enferma exquisita

Creo que la escritora danesa (aunque la mayor parte de su obra fuera escrita en inglés) Karen Blixen –o Isak Dinesen, su pseudónimo más conocido– fue conocida tarde en España. Blixen, de origen noble, nació en 1885 y murió en 1962, siempre en la propiedad familiar de Rungstedlund. No fue escritora de inicio; se casó para escapar del medio encorsetado en que vivía y se fue a Kenia (entonces colonia inglesa), donde tuvo una casa, un buen criado, una plantación de café y un ocasional pero profundo amor con un

distinguido aventurero británico, Denis Finch-Hatton, que se mató en su avioneta en el año 1931, poco antes de que los precios del café comenzaran a bajar y la baronesa Blixen se arruinara y tuviera que vender su plantación y volver a Dinamarca...

Esto (y el que su marido le hubiera contagiado la sífilis, ya en 1915) es lo que el lector quizá sabe por el espléndido libro *Memorias de África* que Karen publicó en 1937, y que mucho más tarde llevó al cine –con gran éxito– Sidney Pollack.

Entre sus libros de cuentos (Blixen o Dinesen fue una espléndida narradora) se encuentran perlas como *Carnaval* o sus inaugurales *Siete cuentos góticos*, su primera publicación en 1932, dicen que buscando dinero.

Su vida en África está también en el volumen póstumo *Cartas de África. 1914-1931*, que su estudioso Frans Lasson publicó antes que este tomo nuevo (que acaba de editar Nórdica, también con largo y detallado prólogo de Lasson) *Cartas des-*

de Dinamarca. 1931-1962, uno más exótico si el nuevo más interior, pues asistimos a los dramas íntimos de la escritora, narrados a familiares y amigos, que poco dicen al público hispano.

Pero no interesa el destinatario, sino lo que la carta dice, con el nexo africano de Gustav Mohr, un amigo danés que se quedó en África y al que le escribe en los años 30, antes de la muerte pronta de és-

Lo que sabe el lector de ella es por el espléndido libro 'Memorias de África'

te: «Mi corazón yace enterrado en Ngong Hills [las colinas próximas a su plantación] y lo que hago no son sino gestos fantasmales».

Las cartas (incluso en la que agradece a Hemingway haberla citado en su dis-

curso de recepción del Nobel de Literatura, en el año 1954) nos ponen siempre ante una escritora que lucha con su talento y su fragilidad (incluso sus dolores), que no sabe si padece los signos últimos de la sífilis u otra enfermedad –acaso más grave– causada por el exceso de medicamentos mercuriales tomados para curarla. Una mujer fuerte que cree que lo mejor de su vida (en tanto «vida») ya ha pasado, pero que ahora debe luchar y ganar al prestigio y al lenguaje. Una moderna, que se empeña en vivir a la antigua, con servicio doméstico, en una Dinamarca donde apenas existía ya. Una dama refinada y deteriorada, que deja crecer la leyenda (cuando le prohíben alimentos sólidos) de que sólo vive de champán y ostras. La que viaja *in extremis* a Estados Unidos, diríamos que para hacerse la foto con Marilyn y Miller o (mejor) con Marilyn y Carson McCullers... Gran escritora por encima de sí misma, si en las cartas ves biografía ¿qué íbamos a ver aquí, si no?